

El poder de las identificaciones y de las creencias en la obra de Jorge Luis Borges

Luis Kancyper¹

Introducción

La memoria de Shakespeare es un cuento crepuscular del último Borges.

Ha sido escrito al final de su vida e irradia sobre su obra anterior la luz fría de un astro que se apaga.

En este sentido este relato puede leerse como una versión (o inversión) postrera, grave y melancólica, de esa jubilosa entrada a la literatura de ficción que, de creerle a Borges, tuvo lugar recién en 1939, con *Pierre Menard, autor del Quijote*.

Si Pierre Menard, un escritor francés de segunda línea, pretendía allí llegar al Quijote sin querer ser Cervantes (sin querer dejar de ser Pierre Menard, un escritor simbolista del siglo veinte), Hermann Soergel, el narrador de «La memoria de Shakespeare», acata un destino opuesto: el de ser William Shakespeare (Rodríguez).

En este cuento Hermann Soergel recibe la memoria agobiante de un otro que no se ausenta jamás y expone su fracaso: se halla totalmente incapacitado para contrarrestar los invasivos deseos ajenos implantados en él.

Encuentra, como única solución frustra para distanciarse de esa situación conflictiva y traumatizante, una identificación masiva con los deseos incumplidos e impuestos por otros en él y la misión de redimirlos.

Finalmente permanece acantonado, rendido y sufriendo en un laberinto narcisista-masoquista, como si hubiera sido programado para la obediencia y la sumisión.

Su problema no es querer recordar, sino no poder olvidar.

No poder desasirse del hechizo del poder identificatorio parental que lo oprime sin tregua.

De este cuento dice Piglia:

Hermann Soergel es un oscuro académico alemán consagrado a la obra de Shakespeare, que recibe el inesperado don de su memoria personal. Pero su resultado es decepcionante, la memoria de Shakespeare lo aplasta, y sólo sirve para vanos fines

eruditos. El don de poseer una memoria ajena se vuelve terrible cuando el heredero termina poseído por ella.

Tener o ser tenido por una memoria impuesta, esa parece ser la cuestión.

Este último cuento de Borges, surgió de un sueño. Borges, a los ochenta años, vio un hombre sin cara que en un cuarto de hotel le ofrecía la memoria de Shakespeare. «Esa felicidad me fue dada en Michigan» cuenta Borges.

No era la memoria de Shakespeare en el sentido de la fama de Shakespeare, eso hubiera sido muy trivial; tampoco era la gloria de Shakespeare, sino la memoria personal de Shakespeare.

A continuación pondré este cuento en el diván y transcribiré sus partes más salientes, porque este relato, escrito a los 81 años de edad, describe con sencillez hechos portentosos.

Nos permite, por un lado, vislumbrar retroactivamente el peso determinante de la creencia de «El hijo-pueblo elegido» en la realidad psíquica de los individuos y de las masas.

Por otro lado, nos propicia la revisión psicoanalítica de los siguientes temas:

- a) El rol de los factores preedípicos y edípicos en la vida psíquica normal y patológica
- c) El Edipo en el mito y en la tragedia
- d) El Edipo borgeano
- e) Neurosis a predominio dual
- f) El lugar del padre y su diferente tipología en la cartografía mental borgeana
- g) El poder de las identificaciones: alienación y desalienación
- h) El reordenamiento identificatorio

La memoria de Shakespeare

Escribe Borges(1982 a):

Hay devotos de Goethe, de las Eddas y del tardío cantar de los Nibelungos; Shakespeare ha sido mi destino. Lo es aún, pero de una manera que nadie

pudo haber presentido, salvo un solo hombre, Daniel Thorpe, que acaba de morir en Pretoria. Hay otro cuya cara no he visto nunca.

Soy Hermann Soergel. [...]

He nombrado ya a Daniel Thorpe. Me lo presentó el mayor Barclay, en cierto congreso shakespeariano. No diré el lugar, ni la fecha; sé harto bien que tales precisiones son, en realidad, vaguedades.

Más importante que la cara de Daniel Thorpe, que mi ceguera parcial me ayuda a olvidar, era su notoria desdicha. Al cabo de los años, un hombre puede simular muchas cosas pero no la felicidad.

De un modo casi físico, Daniel Thorpe exhalaba melancolía.

Después de una larga sesión, la noche nos halló en una taberna cualquiera. Para sentirnos en Inglaterra (donde ya estábamos) apuramos en rituales jarros de peltre cerveza tibia y negra. [...]

Las palabras que trato de reconstruir me impresionaron menos que la convicción con que las dijo Daniel Thorpe. Pensamos que diría algo más, pero de golpe se calló, como arrepentido. Barclay se despidió. Los dos volvimos juntos al hotel. Era ya muy tarde, pero Daniel Thorpe me propuso que prosiguiéramos la charla en su habitación. Al cabo de algunas trivialidades, me dijo:

— Le ofrezco la sortija del rey. Claro está que se trata de una metáfora, pero lo que esa metáfora cubre no es menos prodigioso que la sortija. Le ofrezco la memoria de Shakespeare desde los días más pueriles y antiguos hasta los del principio de abril de 1616. No acerté a pronunciar palabra. Fue como si me ofrecieran el mar. [...]

Un poco intimidado le pregunté:

— ¿Usted, ahora, tiene la memoria de Shakespeare? Thorpe contestó:

— Tengo, aún, dos memorias. La mía personal y la de aquél Shakespeare que parcialmente soy. Mejor dicho, dos memorias me tienen. Hay una zona en que se confunden. Hay una cara de mujer que no sé a qué siglo atribuir.

Yo le pregunté entonces:

— ¿Qué ha hecho usted con la memoria de Shakespeare?

Hubo un silencio. Después dijo:

— He escrito una biografía novelada que mereció el desdén de la crítica y algún éxito comercial en los Estados Unidos y en las colonias. Creo que es todo. Le he prevenido que mi don no es una sinecura. Sigo a la espera de su respuesta.

Me quedé pensando. ¿No había consagrado yo mi vida, no menos incolora que extraña, a la busca de Shakespeare? ¿No era justo que al fin de la jornada diera con él?

Dije, articulando bien cada palabra:

— Acepto la memoria de Shakespeare.

Algo, sin duda aconteció, pero no lo sentí.

Apenas un principio de fatiga, acaso imaginaria.

Recuerdo claramente que Thorpe me dijo:

— La memoria ya ha entrado en su conciencia, pero hay que descubrirla. Surgirá en los sueños, en la vigilia, al volver las hojas de un libro o al doblar una esquina. No se impacienta usted, no invente recuerdos. El azar puede favorecerlo o demorarlo, según su misterioso modo. A medida que yo vaya olvidando, usted recordará. No le prometo un plazo. Lo que quedaba de la noche lo dedicamos a discutir el carácter de Shylock. Me abstuve de indagar si Shakespeare había tenido trato personal con judíos. No quise que Thorpe imaginara que yo lo sometía a una prueba. Comprobé, no sé si con alivio o con inquietud, que sus opiniones eran tan académicas y tan convencionales como las mías.

A pesar de la vigilia anterior, casi no dormí la noche siguiente. Descubrí, como tantas otras veces, que era un cobarde. Por el temor de ser defraudado, no me entregué a la generosa esperanza. Quise pensar que era ilusorio el presente de Thorpe. Irresistiblemente, la esperanza prevaleció. Shakespeare sería mío, como nadie lo fue de nadie, ni en el amor, ni en la amistad, ni siquiera en el odio. De algún modo yo sería Shakespeare. [...]

A nadie le está dado abarcar en un solo instante la plenitud de su pasado. Ni a Shakespeare, que yo sepa, ni a mí, que fui su parcial heredero, nos depararon ese don. La memoria del hombre no es una suma; es un desorden de posibilidades indefinidas. San Agustín, si no me engaño, habla de los palacios y cavernas de la memoria. La segunda metáfora es la más justa. En esas cavernas entré.

Como la nuestra, la memoria de Shakespeare incluía zonas, grandes zonas de sombra rechazadas voluntariamente por él. No sin algún escándalo recordé que Ben Johnson le hacía recitar hexámetros latinos y griegos y que el oído, el incomparable oído de Shakespeare, solía equivocar una cantidad, entre la risotada de los colegas.

Conocí estados de ventura y de sombra que trascienden la común experiencia humana. Sin que yo lo supiera, la larga y estudiosa soledad me había preparado para la dócil recepción del milagro.

Al cabo de unos treinta días, la memoria del muerto me animaba. Durante una semana de curiosa felicidad, casi creí ser Shakespeare. La obra se renovó para mí. [...]

Comprendí que las tres facultades del alma humana, memoria, entendimiento y voluntad, no son una ficción escolástica. La memoria de Shakespeare no podía revelarme otra cosa que las circunstancias de Shakespeare. Es evidente que éstas no constituyen la singularidad del poeta; lo que importa es la obra que ejecutó ese material deleznable.

Ingenuamente, yo había premeditado, como Thorpe, una biografía. No tardé en descubrir que ese género literario requiere condiciones de escritor que ciertamente no son mías. No sé narrar. No sé narrar

mi propia historia, que es harto más extraordinaria que la de Shakespeare. Además, ese libro sería inútil. El azar o el destino dieron a Shakespeare las triviales cosas terribles que todo hombre conoce; él supo transmutarlas en fábulas, en personajes mucho más vívidos que el hombre gris que los soñó, en versos que no dejarán caer las generaciones, en música verbal. ¿A qué destejer esa red, a qué minar la torre, a qué reducir a las módicas proporciones de una biografía documental o de una novela realista el sonido y la furia de Macbeth?

Goethe constituye, según se sabe, el culto oficial de Alemania; más íntimo es el culto de Shakespeare, que profesamos no sin nostalgia. (En Inglaterra, Shakespeare, que tan lejano está de los ingleses, constituye el culto oficial; el libro de Inglaterra es la Biblia).

En la primera etapa de la aventura sentí la dicha de ser Shakespeare; en la postrera, la opresión y el terror. Al principio las dos memorias no mezclaban sus aguas. Con el tiempo, el gran río de Shakespeare amenazó, y casi anegó, mi modesto caudal. Advertí con temor que estaba olvidando la lengua de mis padres. Ya que la identidad personal se basa en la memoria, temí por mi razón.

Mis amigos venían a visitarme; me asombró que no percibieran que estaba en el infierno.

Empecé a no entender las cotidianas cosas que me rodeaban (*die alltägliche Umwelt*). Cierta mañana me perdí entre grandes formas de hierro, de madera y de cristal. Me aturdieron silbatos y clamores. Tardé un instante, que pudo parecerme infinito, en reconocer las máquinas y los vagones de la estación de Bremen. A medida que transcurren los años, todo hombre está obligado a sobrellevar la creciente carga de su memoria. Dos me agobiaban, confundiendo a veces: la mía y la del otro, incomunicable.

Todas las cosas quieren perseverar en su ser, ha escrito Spinoza. La piedra quiere ser piedra, el tigre un tigre, yo quería volver a ser Hermann Soergel. He olvidado la fecha en que decidí liberarme. Di con el método más fácil. En el teléfono marqué números al azar. Voces de niño o de mujer contestaban. Pensé que mi deber era respetarlas. Di al fin con una voz culta de hombre. Le dije:

— ¿Quieres la memoria de Shakespeare? Sé que lo que te ofrezco es muy grave. Piénsalo bien.

Una voz incrédula replicó:

— Afrontaré ese riesgo. Acepto la memoria de Shakespeare.

Declaré las condiciones del don. Paradójicamente, sentí a la vez la nostalgia del libro que yo hubiera debido escribir y que me fue vedado escribir y el temor de que el huésped, el espectro, no me dejara nunca. Colgué el tubo y repetí como una esperanza esas resignadas palabras:

— Simply the thing I am shall make me live.

Yo había imaginado disciplinas para despertar la

antigua memoria, hube de buscar otras para borrarla. Una de tantas fue el estudio de la mitología de William Blake, discípulo rebelde de Swedenborg. Comprobé que era menos complicada.

Ese y otros caminos fueron inútiles: todos me llevaban a Shakespeare.

Di al fin con la única solución para poblar la espera: la estricta y vasta música: Bach.

P.S. (1924) Ya soy un hombre entre los hombres. En la vigilia soy el profesor emérito Hermann Soergel, que manejo un fichero y que redacto trivialidades eruditas, pero en el alba sé, alguna vez, que el que las sueña es el otro. De tarde en tarde me sorprenden pequeñas y fugaces memorias que acaso son auténticas.

El cuento se inicia con la expresa devoción de Hermann Soergel por llegar a ser Shakespeare. Anhela materializar en su propio cuerpo el destino incumplido de Daniel Thorpe quien, en realidad, había deseado ser él el genio de Stratford, pero sólo alcanzó a escribir: «una biografía novelada que mereció el desdén de la crítica y algún éxito comercial en los Estados Unidos y en las colonias».

Soergel acepta la sortija propuesta por el otro. Participa activamente de la alianza con Thorpe, con la finalidad de llegar a redimir el deseo del deseo de aquél otro en él. En recompensa se convertiría en su incuestionado heredero y redentor.

El establecimiento del pacto entre un padre-Dios y un hijo elegido que promete velar por él, ser habitado por su memoria y permanecer fiel a su culto, origina una relación narcisista e indiscriminada entre ambos que denominé: Simbiosis padre-hijo (Kancyper, 1989). Cuando ésta se cristaliza a través de los tiempos, como acontece en este relato, se erige un inexorable laberinto narcisista-masoquista entre ambos de muy difícil abordaje terapéutico.

Considero que la sortija-alianza develada en este último cuento del poeta, pone al descubierto un eslabón esencial en la cadena de la causación del destino trágico de los personajes borgeanos. Elucida ciertos rasgos de carácter que gobiernan sus relaciones con los demás y consigo mismo a partir de la condición de ser «El elegido».

En efecto, Hermann Soergel, al aceptar la propuesta para llegar a ser el portador de la memoria del otro, se posiciona en el lugar de un primogénito receloso de otros intrusos acechantes y permanece viscosamente adherido a un padre-Dios como su único y legítimo continuador.

El relato continúa con la descripción del ofrecimiento seductor de Thorpe y con el embriagador estado de fascinación de Soergel.

No acerté a pronunciar palabra. Fue como si me ofrecieran el mar. [...]

Me quedé pensando. ¿No había consagrado yo mi vida, no menos incolora que extraña, a la busca de Shakespeare? ¿No era justo que al fin de la jornada diera con él?

Dije, articulando bien cada palabra:

— Acepto la memoria de Shakespeare.

Algo, sin duda aconteció, pero no lo sentí.

Apenas un principio de fatiga, acaso imaginaria.

Tal vez, parte de esta imaginaria fatiga se deba a su infatigable búsqueda de permanecer como el único y perfecto doble inmortal, especular e ideal del padre. Este singular privilegio, basado en la creencia de ser «El elegido», opera como un fascinante estímulo sublimatorio y además como una trampa narcisista interceptando gravemente el acceso a la exogamia.

«Al cabo de unos treinta días, la memoria del muerto me animaba. Durante una semana de curiosa felicidad, casi creí ser Shakespeare.»

En efecto, a lo largo de toda su obra, Borges lleva al límite la pretensión imposible de ser uno con el ideal.

Intenta, por un lado, anular la tensión de la diferencia estructural entre las instancias del aparato anímico: entre el yo y el ideal y entre el yo, el superyó y el ello (*Borges y yo*, 1960).

Por otro lado, en la dimensión intersubjetiva, pretende también recubrir la irreductible discontinuidad con una continuidad fantasmática de eternidad entre él y el otro (*Agosto*, 25, 1983, 1982 b).

Intenta, en definitiva, profanar la zona sagrada de la diferencia intersubjetiva, que a la vez que constituye y preserva la singularidad de todo sujeto, lo distingue de su semejante. Esta temática se despliega desde *Pierre Menard, autor del Quijote* (1939) hasta *La memoria de Shakespeare* (1982a).

Este vano intento de llegar a ser uno fusionado en una total coincidencia con otro y materializar la fantasía de los vasos comunicantes (Kancyper, 2003), conduce finalmente a la desidealización de esa imposible hazaña y desencadena una angustia lacerante que amenaza con la disolución de la propia subjetividad.

En la primera etapa de la aventura sentí la dicha de ser Shakespeare; en la postrera, la opresión y el terror. Al principio las dos memorias no mezclaban sus aguas. Con el tiempo, el gran río de Shakespeare amenazó, y casi anegó, mi modesto caudal. Advertí con temor que estaba olvidando la lengua de mis padres. Ya que la identidad personal se basa en la memoria, temí por mi razón.»

He olvidado la fecha en que decidí liberarme. [...]

— ¿Quieres la memoria de Shakespeare? Sé que lo que te ofrezco es muy grave. Piénsalo bien. [...]

Ese y otros caminos fueron inútiles: todos me llevaban a Shakespeare.

Los personajes borgeanos no pueden hacer suyas las palabras de Píndaro:

«¡Oh, alma mía, no aspire a la vida inmortal; agota en cambio el campo de lo posible».

Pero, el campo de lo posible, dista lejos de satisfacer la creencia de la perfección indispensable que reclama el ideal borgeano con insistencia e insaciabilidad.

La tensión entre el yo y el desmesurado ideal termina, en forma gradual y progresiva, minando el sentimiento de la propia dignidad y acrecentando los sentimientos de culpabilidad, vergüenza y remordimiento.

Britton considera que existen razones complejas por las que surgen, en ciertos sujetos particulares, problemas para distinguir entre la realidad material y la psíquica, entre el símbolo y el objeto y entre la creencia y el conocimiento. Dichos problemas están relacionados con una marcada dificultad para abandonar objetos. Por abandonarlos no se refiere simplemente a aceptar el hecho de su pérdida sino a aceptar todos los cambios necesarios operados en las creencias sobre el mundo, que surgen a partir de dicha pérdida. «Una de esas creencias que deben ser abandonadas es la de que el objeto perdido resulta indispensable para la vida. En ese sentido, algunas personas experimentan la misma dificultad con las creencias que con los objetos: no pueden aceptar que no son indispensables.»

a) El rol de los factores preedípicos y edípicos en la vida psíquica

Edipo y el enigma (1964b)

Cuadrúpedo en la aurora, alto en el día
Y con tres pies errando por el vano
Ámbito de la tarde, así veía
La eterna esfinge a su inconstante hermano,
El hombre, y con la tarde un hombre vino
Que descifró aterrado en el espejo
De la monstruosa imagen, el reflejo

Somos Edipo y de un eterno modo
La larga y triple bestia somos, todo
Lo que seremos y lo que hemos sido.
Nos aniquilaría ver la ingente
Forma de nuestro ser; piadosamente
Dios nos depara sucesión y olvido.

Y el psicoanálisis nos depara una otra alternativa: la de poder descifrar algunos de los intrincados enigmas del inconsciente que estructuran y desestructuran la singularidad de cada sujeto.

Para que cada individuo pueda llegar a ser, en cierto modo, un agente activo de su propio destino, y no una mera víctima, como ha sido Hermann Soergel, de un laberinto inexpugnable.

«Somos Edipo y de un eterno modo la larga y triple bestia somos, todo lo que seremos y lo que hemos sido.» nos dice el poeta.

Pero, ¿cómo desasirnos de su ciego poder?

¿Cómo abrir brechas y penetrar en el interior del determinismo repetitivo del laberinto borgeano, para que el sujeto no permanezca imantado como un rehén a un destino prefijado y pueda acceder a una realidad cambiante de inciertas e infinitas posibilidades de la que él es el protagonista responsable?

¿Cómo quebrantar, en definitiva, el tiempo circular borgeano y reabrir el tiempo congelado de los traumas y de las identificaciones y creencias alienantes de la compulsión a la repetición?

El psicoanálisis aspira a elucidar algunos aspectos crípticos del sometimiento misterioso del hombre a la ferocidad y al capricho de ciertas fuerzas ominosas de «lo inhumano» a las que se debe enfrentar.

«Lo inhumano» en la tragedia y en los mitos, alude no sólo a las ingobernables fuerzas de la Naturaleza, sino que incluye también el poder arbitrario y caprichoso de los Dioses que son sobre (o extra) humanos. El inconsciente también opera como si fuese una fuerza y una realidad extra humanas.

Presenta su realidad propia y clama por expresarse a través de: síntomas, inhibiciones, angustias y otros variados afectos que eluden al gobierno voluntario de los individuos y de las masas.

Estas manifestaciones escandalosas del inconsciente se hallan comandadas por el accionar de: fantasías, creencias, traumas e identificaciones; y el psicoanálisis, al hacerlos conscientes, aporta esenciales elementos para que el sujeto logre contrarrestar, en cierta medida, el irreparable y funesto destino que subyace como sentencia inamovible en la dimensión trágica de los personajes borgeanos.

A continuación haré una revisión de ciertos conceptos psicoanalíticos para diferenciar el Edipo borgeano del Edipo freudiano.

Para lo cual previamente abordaré: la importancia que tienen los factores preedípicos y edípicos en la estructuración psíquica.

Si muchos de nosotros sentimos la necesidad de evaluar otra vez el complejo de Edipo es por darnos cuenta de que, desde las formulaciones de Freud, esta «piedra angular» de la teoría psicoanalítica ha sufrido, por el hecho mismo de los múltiples aportes posfreudianos, una serie de deslizamientos y modificaciones más o menos solapados, disimulados bajo una aceptación de principio de las descripciones de Freud. Los aportes que se presentan a primera vista como meras extensiones o meros agregados a la teoría inicial, pueden llegar a modificarla por una suerte de contragolpe, que repercute hasta los fundamentos. Además, ninguna modificación importante en la teoría puede considerarse como inocua: incide inmediatamente sobre la clínica y la técnica, y configura a su vez un psicoanálisis distinto. (W. Baranger, 1976)

En efecto, el complejo de Edipo, concepto básico para Freud, es un factor esencial de la constitución del sujeto humano. Desempeña un papel fundamental en la estructura de la personalidad y en la orientación del deseo.

Numerosos autores sostienen que con anterioridad a la estructura triangular del Edipo existe una relación puramente dual y que los conflictos relativos a este período pueden analizarse sin hacer intervenir la rivalidad hacia un tercero.

Amén del problema de una estructura preedípica, la posición de Freud siguió siendo muy precisa: declara haber tardado en reconocer todo el alcance de la unión primitiva con la madre, pero también piensa que, para explorar estos hechos, no es preciso recurrir a otro eje de referencia que el de Edipo, como el complejo nodular de las neurosis.

Para Freud, el padre se halla presente como «rival inoportuno» aún cuando en la relación preedípica predomine la relación con la madre.

La escuela de Melanie Klein, analizando las fantasías más arcaicas, sostiene que en la relación con la madre interviene precozmente el padre, como lo indica especialmente la fantasía del pene paterno guardado en el cuerpo de la madre.

Con todo, cabe preguntarse si la presencia de un tercer término (falo) en la relación primitiva madre-niño justifica la descripción de ese período como *fase precoz de Edipo*. En efecto, el padre no se halla entonces presente como instancia prohibitiva. Dentro de esta perspectiva, J. Lacan, examinando las concepciones kleinianas, habla del *triángulo*

preedípico para descifrar la relación madre-niño-falo, interviniendo este último término como y situaciones traumáticas objeto fantasmático del deseo de la madre». (Laplanche y Pontalis)

La estructura triangular edípica antecede en un orden lógico y no cronológico a la situación dual preedípica y no a la inversa. Preexiste al nacimiento biológico del *infans* en los deseos y en las identificaciones parentales que recaen inexorablemente sobre cada sujeto. Por ello, considero necesario abandonar una lectura solipsística del complejo nuclear de las neurosis, a partir únicamente del núcleo pulsional de Edipo, para tomar una visión conjunta y abarcadora de las historias y situaciones traumáticas propias de Layo y de Yocasta investidas sobre el hijo. Entre estos tres vértices se genera un conjunto dinámico de fuerzas en el que se crea una originaria fantasía inconsciente básica de campo, portadora de un relato singular y de una trama invisible y hermética hecha de pasiones y creencias, de escándalos y secretos. Esta fantasía modela en cada sujeto una estructura edípica irrepetible que se articula además con los efectos provenientes de las dinámicas narcisista y fraterna y puede llegar a signar el destino del sujeto.

En efecto, los padres, el hijo y los hermanos entre sí, implicados en la estructura edípica como un campo de fuerzas, no pueden describirse ni entenderse como personas aisladas sino como una totalidad estructurada, cuya dinámica resulta de la interacción de cada integrante sobre los otros en una causación recíproca dentro de un mismo proceso dinámico.

Esta diferente lectura posibilita ganar en entendimiento de complejidad creciente, asignable a los fenómenos progresivos y regresivos que se presentan en los entrelazamientos generacionales y a la dinámica que se origina entre la intrasubjetividad, la intersubjetividad y sus incidencias en la estructuración-desestructuración de las instancias psíquicas, en cada uno de los participantes.

b) Edipo en la tragedia y en el mito

Freud, basándose en la tragedia de Sófocles presenta a Edipo como al agente victimario que pone en acto los deseos parricidas e incestuosos, mientras que en el relato mítico Edipo es, en realidad, una mera víctima de una historia de remordimientos y resentimientos concerniente a su padre Layo. El hijo, previo a su nacimiento

biológico, ya había sido destinado a cumplir con la misión de un héroe trágico: como el castigador implacable de un padre culposo y sentenciado al que debía matar retaliativamente. Considero que el parricidio en el mito de Edipo es la externalización de una historia de identificaciones inconscientes que lo alienaron al pasado condenatorio de su padre, y no como una manifestación solipsística de pulsiones tanáticas defusionadas.

El mito nos relata que: *Layo, hijo de Lábdaco, buscó refugio junto a Pélope y allí se enamoró del joven Crisipo, inventando así —por lo menos lo creen algunos— el amor contranatura. Raptó al muchacho y fue maldecido por Pélope. Crisipo se suicidó por vergüenza y Layo no pudo escapar a la ley taliónica del oráculo que le predecía que sería muerto por su hijo. Finalmente fue muerto por Edipo cerca de Delfos, en el cruce de los caminos de Dáulide y Tebas.* (Grimal)

En este relato Layo es un padre filicida, porque previo al nacimiento de Edipo, éste ya había sido investido por él con una masiva identificación tanática.

Por lo tanto, Edipo es a la vez el victimario y víctima de una serie de historias de tormentos de los otros en él y éstas comandaron finalmente la fatalidad de su destino aciago.

En efecto, Edipo había sido destinado para operar como el brazo ejecutor asesino de una historia de culpas concernientes a su padre. *Los padres comieron uvas agrias, y los hijos padecen de dentera.* (Jeremías 31: 29)

Rascovsky (1967) introdujo el término filicidio para poner en evidencia que en la tragedia edípica, el parricidio y el incesto constituyen el contenido manifiesto y el filicidio su contenido latente y a la vez el elemento genético de todo el proceso.

Sostuvo que las razones que le imposibilitaron a Edipo elaborar la represión del incesto y el parricidio habían sido una falta de identificaciones adecuadas con aspectos buenos de sus objetos iniciales, que se habrían caracterizado por una extrema naturaleza persecutoria e idealizada y configuraron una fijación paranoide esquizoide. *Sus intensas defensas maníacas lo llevaron, a través del uso de la renegación, a matar a su padre y a cohabitar con su madre; la disociación idealizada de los padres persecutorios Layo y Yocasta, aparecen en forma de sus padres sustitutos, Pólibo y Mérope, cuya existencia constituye una típica novela familiar basada en tal idealización.*

Considero que la perversidad de Edipo había sido determinada en gran medida por los influjos

destruictivos ejercidos por una identificación reivindicatoria masiva (Kancyper, 1992). Ésta habría comandado el origen y el desenlace inexorables de su tragedia.

Considero necesario diferenciar la identificación reivindicatoria de la identificación con el agresor, que constituye un mecanismo de defensa.

Anna Freud (1936) lo describe:

Ve actuar la identificación con el agresor en diversas circunstancias: agresión física, crítica, etcétera, pudiendo intervenir la identificación antes o después de la agresión temida.

El comportamiento que se observa es el resultado de una inversión de los papeles: el agredido se convierte en agresor. O sea que el sujeto, enfrentado a un peligro exterior, se identifica con su agresor, ya sea reasumiendo por su cuenta la agresión en la misma forma, ya sea imitando física o moralmente a la persona del agresor, ya sea adoptando ciertos símbolos de poder que lo designan.

En cambio, la identificación reivindicatoria es producto y consecuencia de la programación de un proyecto identificatorio; precede a las relaciones objetales postnatales y se articula con la estructura del sistema narcisista intersubjetivo al servicio de la regulación de este «otro» desconocido por el sujeto, y que lo instala en un rol unívoco, destinado a ser un agente victimario, castigador y asesino.

Esta intrincada situación parento-filial nos permite estudiar las relaciones recíprocas entre las generaciones y el campo dinámico de las fuerzas inconscientes que se despliegan entre los tres vértices del triángulo edípico.

Esta visión más ampliada de los conflictos edípicos permite enlazar dialécticamente y sobre una base metapsicológica los problemas narcisistas con los problemas edípicos e intenta evitar reducir el análisis teórico del complejo nuclear de la neurosis al solo juego de las pulsiones, sin subestimar por ello la importancia teórica de éstas (Faimberg 1996)

En efecto, al dirigir nuestra mirada conjunta hacia los tres ángulos del triángulo edípico, y no únicamente a la relación de Edipo con sus figuras parentales, nos permite atribuir un papel esencial en la constitución de un determinado complejo de Edipo a los otros factores de la relación provenientes de los otros dos vértices del triángulo: el de Layo y el de Yocasta hacia el hijo (deseo inconsciente de cada uno de los padres y relación entre los padres y las investiduras identificatorias que recaen sobre el hijo y que

configuran la estructuración inconsciente de su personalidad).

En efecto, una vía regia para la elucidación y elaboración del complejo de Edipo lo constituye el proceso de la historización en la situación analítica, de los deseos e identificaciones provenientes de otras generaciones, que recaen inexorablemente en cada sujeto y de qué modo el hijo participó y participa aún de esos contratos identificatorios, suscribiendo finalmente a un sistema de deseos impuestos de los *otros* en él.

Una de las tareas del proceso analítico se centrará en hacer consciente e historizar de qué modo los padres han reconocido o no la alteridad del hijo.

Otra, será poner en evidencia cómo los deseos e identificaciones provenientes de los complejos paterno, materno y parental se mantienen aún activos no sólo en la realidad psíquica del sujeto, sino también en las de sus progenitores y cómo éstos intentan imponer y recubrir con sus historias la identidad del hijo e impedir que ésta se constituya.

Será entonces función del hijo atravesar por el intrincado trabajo de elaboración del reordenamiento del enigmático sistema de las identificaciones, que a la vez que lo constituyen lo alienan en situaciones traumáticas de otras generaciones que no le conciernen, para recién luego poder acceder a la permanente e interminable construcción-deconstrucción y reconstrucción del proceso de su identidad.

Dice Borges:

No te habrá de salvar lo que dejaron escrito
Aquéllos que tu miedo implora.
No eres los otros.
Y te ves ahora centro del laberinto.
Que tramaron tus pasos.
(*No eres los otros* 1976).

Todo sujeto, para poder desasirse del encierro del laberinto de Narciso y Edipo que lo retiene sin tregua, necesita enfrentarse a lo largo de la vida con un acto ineludible: el de la confrontación generacional y fraterna.

Esta confrontación requiere, como precondition, la admisión de la alteridad y de la mismidad, de la semejanza y la oposición en las relaciones parento-filiales y entre los hermanos. Para ello, cada uno de los integrantes del campo de la confrontación necesita atravesar por ineludibles y variados duelos en las dimensiones: narcisista, edípica y fraterna.

Recordemos que Freud (1908) señala que la operación del desasimiento de la autoridad parental es una tarea absolutamente necesaria a cumplir, porque es condicionante del crecimiento en todos los sujetos. Su incumplimiento en cambio, detiene el desarrollo individual y social.

En el individuo que crece, su desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias pero también más dolorosas del desarrollo. Es absolutamente necesario que se cumpla, y es lícito suponer que todo hombre devenido normal la ha llevado a cabo en cierta medida. Más todavía: el progreso de la sociedad descansa, todo él, en esa oposición entre ambas generaciones. Por otro lado, existe una clase de neuróticos en cuyo estado se discierne, como condicionante, su fracaso en esa tarea.

Clínicamente los sujetos pueden agruparse en tres categorías según confronten o no a sus progenitores y hermanos:

- a) Los que son incapaces de confrontarse con los padres y hermanos.
- b) Los que se perpetúan en una interminable confrontación a través del desafío tanático de la provocación.
- c) Los que han superado el desafío tanático y logrado arribar al desafío trófico, cuyos efectos estructurantes son necesarios para el logro de la separación-individuación.

Los personajes borgeanos no accedieron a la tercera categoría. Permanecieron inhibidos y confinados dentro de la primera y adolecieron, como consecuencia, severas perturbaciones en el plasmación del proceso interminable de la configuración de la propia identidad.

Soy (1975)

Soy el que sabe que no es menos vano
que el vano observador que en el espejo
de silencio y cristal sigue el reflejo
o el cuerpo (da lo mismo) del hermano.
Soy, táticos amigos, el que sabe
que no hay otra venganza que el olvido
ni otro perdón. Un dios ha concedido
al odio humano esta curiosa llave.
Soy el que pese a tan ilustres modos
de errar, no ha descifrado el laberinto
singular y plural, arduo y distinto,
del tiempo, que es de uno y es de todos.
Soy el que es nadie, el que no fue una espada
en la guerra. Soy eco, olvido, nada.

c) El Edipo borgeano

La confrontación generacional requiere ser tomada en una visión conjunta, producto de una relación intersubjetiva en la cual los padres y los hijos se definen los unos por los otros involucrados en un campo dinámico (Kancyper, 1995).

Este campo es una estructura distinta de la suma de sus componentes —como una melodía es distinta de la suma de las notas— y origina una fantasía inconsciente básica que, como producto del campo, se enraíza en el inconsciente de cada uno de los integrantes (M. Baranger, 1992).

La funcionalidad del campo de la confrontación generacional exige una disimetría radical entre la funciones parental y filial. Pero tanto los padres como el hijo requieren atravesar por diferentes y complejas elaboraciones psíquicas:

1. Duelos en las dimensiones narcisista, edípica y pigmaliónica. (Kancyper, 2000)
2. Duelos por la irreversibilidad temporal que incluye en un mismo movimiento la caída progresiva de la inmortalidad y omnipotencia de los padres que envejecen, la admisión del poder en ascenso de la nueva generación que cuestiona las certezas anteriores y las relaciones de dominio en la familia, las instituciones y la sociedad.
3. Desidealización gradual y paroxística de la imagen de los padres maravillosos para el hijo y del hijo maravilloso que no alcanza a satisfacer el cumplimiento de los ideales parentales.
4. Procesos de reordenamiento identificatorio y de resignificación tanto en el hijo como en los progenitores.

El concepto de campo posibilita el abordaje de muchos tropiezos en la confrontación generacional, como manifestaciones de la presencia de una patología específica de esa estructura, donde padres e hijos participan de un modo complementario y en diferentes grados.

Este campo dinámico intergeneracional depende, por un lado, de los efectos que surgen a partir de los sistemas narcisistas parentales y filiales, que no son simétricos entre sí, con sus configuraciones fantasmáticas de inmortalidad, omnipotencia, idealización y del doble, y por otro lado, de las fantasías incestuosas, parricidas y filicidas del complejo de Edipo y de las fantasías furtivas (Lacan, 1982) de excomulgación y de confraternidad inherentes al complejo fraterno,

que posee su propia especificidad y se articula en diferentes grados con el complejo nodular de las neurosis (Kancyper, 1995, 1998, 2000).

Considero que en los personajes borgeanos prevalece una fantasía inconsciente básica de campo singular, signada por la pervivencia de un pacto de eternidad entre un hijo redentor que nace para redimir las heridas narcisísticas no cicatrizadas de un padre que habría adolecido de un profundo sentimiento de insignificancia, por no haber podido satisfacer sus propios ideales sublimatorios.

Borges, habría sido entonces investido desde el proyecto identificatorio parental, como el maravilloso doble inmortal de un padre avergonzado. A diferencia del Edipo freudiano, que habría sido identificado, previo a su llegada al mundo, como el doble ominoso asesino para castigar a un padre culposo y merecedor de castigo.

Mientras que en el Edipo borgeano el conflicto intrapsíquico se tensa básicamente entre el yo ideal y el ideal del yo con respecto al yo; en el Edipo del mito y de la tragedia de Sófocles, el conflicto se genera fundamentalmente, entre un superyó hipersevero y el yo.

Los personajes borgeanos adolecen de una deuda narcisista impaga, que se subjetiviza como sentimiento de vergüenza y no como culpa persecutoria, por no haber alcanzado a materializar las aspiraciones de los desmesurados ideales parentales. Estas faltas los fijan en relaciones imaginarias duales no con la figura materna, sino con el padre. Relaciones alienantes, que obstaculizan el pasaje a la triangulación.

El fracaso en el desasimiento de las identificaciones redentoras y reivindicatorias retiene al sujeto en estructuras neuróticas graves, en las que prevalecen las relaciones pre-edípicas configurando las llamadas: neurosis a predominio dual.

d) Neurosis a predominio dual

Schkolnik (1995) describe con el nombre de neurosis a predominio dual a ciertos cuadros clínicos severos en los que las relaciones preedípicas comandan la dinámica psíquica. No obstante ese comando no es global, sino que restan áreas en que aparece, escisiones mediante, un funcionamiento edípico triangular.

En esta neurosis

se pone de manifiesto cierta fragilidad en la constelación identificatoria del sujeto, dando lugar

a que la separación del otro sea vivida como una pérdida a nivel del yo. En estos casos, junto al retorno de lo reprimido en que se despliega la problemática edípica y la angustia de castración, surgen en el escenario del análisis otros efectos del inconsciente, que dan cuenta de fallas en la represión y carencias a nivel de los referentes identificatorios básicos para la constitución del sujeto, que se acompañan de una angustia importante vinculada a vivencias de desamparo y desvalimiento.

Diferencia dos tipos de vínculos duales: el dual preedípico y el dual arcaico. Este último se caracteriza por fallas tempranas en el proceso de narcisización.

En el vínculo dual preedípico, las vivencias de la temprana infancia con la madre se resignifican en el tránsito edípico, en una continuidad que está dada por una conflictiva predominantemente ligada a lo sexual.

En estos casos hay una tendencia a establecer relaciones de pareja absorbentes, encerradas, sin mayor lugar para los hijos u otros vínculos cercanos, con una demanda permanente de un amor exclusivo y único, impregnado de aspiraciones narcisistas. Las neurosis en las que predomina el vínculo dual arcaico se caracterizan por la existencia de una problemática narcisista resultante de una insuficiente discriminación con el otro, con las consiguientes dificultades para acceder a la propia subjetividad. En este caso estamos enfrentados a un aspecto escindido en el psiquismo, que se caracteriza por un narcisismo distinto al de la neurosis. Esta otra modalidad de narcisismo, que remite a los orígenes, se manifiesta por una tendencia a lo fusional que evoca los primerísimos momentos de constitución del psiquismo, cuando aún no se habían establecido suficientemente los límites entre el mundo interno y el mundo exterior.

En otros casos, la neurosis a predominio dual se estructura con la figura paterna, configurándose entre ambos una relación centáurica, fusional y ambigua a la que denominé: simbiosis padre-hijo (Kancyper, 1989).

La relación centáurica es una constelación binaria idealizada e indiscriminada en la que el padre funciona como la cabeza y torso de un humano y el hijo lo continúa con el cuerpo de un fabuloso caballo y viceversa. «Entre ambos conforman un nuevo ser, con un cuerpo fusional y protésico intercambiable en permanente expansión, armable y desarmable como un puzzle» (Aragónés, 2004)

El centauro representa a *un ser divino terioantropomórfico (de forma bestial y humana)* (Goux), ser sobrenatural que puede realizar un acto sagrado: el de liberar al hijo del cautiverio materno.

Considero que el desarrollo psicosexual, tanto en el niño como así también en la niña, requiere ser atravesado por un período transitorio de una relación preedípica con el padre, relación centáurica, en la que se alcanzan a cimentar las identificaciones en el hijo con las funciones paternas de corte de la primera dependencia fusional con la madre. Es a través de esta pasajera alianza padre-hijo, que se accede gradualmente al desasimio de las angustias y de los poderes que se suscitan en las relaciones preedípicas con la madre, y se propicia recién entonces el pasaje hacia la triangulación y al salto estructural que representa el complejo de Edipo.

La relación centáurica normal nos evoca la estructura mítica de Quirón:

Quirón es el más célebre, juicioso y sabio de los centauros. Es hijo del dios Cronos y de Filira, hija de Océano. Para engendrarlo Cronos se había unido a Filira en figura de caballo, lo cual explica su doble naturaleza.

Quirón, que nació inmortal, era buen amigo de los hombres, prudente y benévolo.

Educo a Aquiles, a Jasón y se dice que el propio Apolo recibió sus lecciones. Su enseñanza comprendía: la música, el arte de la guerra, el de la caza, la moral y la medicina, pues Quirón fue un médico célebre e incluso practicó la cirugía. Cuando a Aquiles, niño aún, le fue quemado el tobillo como consecuencia de las operaciones de magia que su madre había efectuado sobre él, Quirón cambió el hueso perdido por otro sacado del esqueleto de un gigante. (Grimal, p. 162)

Pero en ciertas situaciones la estructurante relación centáurica pierde su carácter de transicionalidad y permanece detenida, como instalada en un vínculo ambiguo y viscoso entre padre e hijo, configurándose entre ambos una interminable simbiosis patológica.

En esta patológica simbiosis padre-hijo, se pierde la función paterna quirúrgica de corte de la díada preedípica con la madre y se genera a la vez una grave neurosis, también a predominio de un vínculo dual y atormentado, pero con la figura del padre.

La simbiosis padre-hijo sería la resultante de una particular interacción entre los roles y funciones que ejercen cada uno de los integrantes dentro de una singular estructura familiar. Situación, en la

cual el padre ejerce gran atractivo sobre el hijo por sus constelaciones psicológicas particulares.

Es un padre que sólo se ama, en realidad, a sí mismo. No necesita amar, sino ser amado y acepta al hijo que llene esta condición.

Es un padre que tras la manifiesta omnipotencia encubre una insaciable necesidad de reaseguramiento narcisístico, creando para tal fin depositarios de veneración.

El hijo adherido a tal simbiosis se vive vedado en superarlo, porque atentaría contra la fantasía del cuerpo fusionado de un dios continuado en un hijo eterno, acarreado el peligro de la ruptura del pacto que conduciría a fantasías de fragmentación, de descuartizamiento, de abandono y de muerte, de ambas partes comprometidas. *Con vos, hijo no puedo vivir; sin vos, me muero.*

Se crea por lo tanto una relación adicta de dependencia recíproca e irrefrenable. Entre el padre erigido como droga e inductor en el hijo de su fascinación narcisística adicta, permaneciendo ambos en un reconocimiento de báscula de intercambiabilidad de roles. La droga/adicción padre-hijo es una relación pasional a su vez amorosa y despótica, de temor y de sometimiento del sujeto al objeto. Objeto que inhibe el desplazamiento hacia otros objetos, deteniendo y reteniendo al sujeto y al objeto en una circularidad repetitiva y en una temporalidad singular

La simbiosis del hijo con el padre presenta un doble origen: objetal y narcisista.

Objetal, como un intento de restituir mediante el padre, una primera relación preedípica insuficientemente estructurada.

Narcisista, con la finalidad de neutralizar una autopercepción desvalida de inermidad que lo lleva a huir hacia el refugio de una imagen fusionada con un padre eterno, sostén y sobrevalorado, que finalmente detiene al hijo en estructuras diádicas interfiriendo su pasaje hacia la triangulación.

Retomemos nuevamente el cuento *La memoria de Shakespeare* en el que resulta sorprendente la ausencia total de rebelión de Hermann Soergel al mandato de Daniel Thorpe de fusionarse con la memoria de sus propias frustraciones por no haber alcanzado a ser él, para su sí-mismo propio, el ideal shakespereano.

En este relato, Hermann Soergel permanece finalmente cautivo de la condena narcisista de la repetición:

Ese y otros caminos fueron inútiles: todos me llevaban a Shakespeare.

e) El lugar del padre y su diferente tipología en la cartografía mental borgeana

Antes de abordar el intrincado tema de las identificaciones, abriré un paréntesis para recordar que en la cartografía mental de los personajes borgeanos aparecen diferentes lugares del padre.

Si bien prevalece en su obra la figura central de la simbiosis padre-hijo; también hallamos en ella otros campos dinámicos intergeneracionales signados por relaciones menos narcisistas, y en los que prevalecen padres que han alcanzado a procesar, en cierta medida, sus propios duelos de: omnipotencia, inmortalidad y especularidad en la dimensión parento-filial.

Porque así como los padres son necesarios para que el niño acceda a configurar su propia estructura edípica, también lo son, para que ellos mismos, a través de un gradual y laborioso trabajo de elaboración psíquica, logren desasirse de la desmesura del originario poder parental por ellos detentado.

En los siguientes textos: *Las ruinas circulares* (1944), *El Golem* (1964a), *Animales en los espejos* (1967a), *El Centauro* (1967d), *El Simurg* (1967c) y *El Pelicano* (1967b) se ponen en evidencia diversos gradientes de la caída progresiva del sentimiento de la omnipotencia parental; y el pasaje gradual del amor al poder al poder del amor de padres a hijos.

En *Las ruinas circulares*, Borges devela el afán pigmaliónico que pervive en el alma de los padres. Pero a diferencia de lo que acontece en el mito y en la obra de Bernard Shaw, el Hacedor admite su error y asume que la relación pigmaliónica genera un campo tanático, en que ambos, padres e hijos, terminan en una elocuente ruina circular.

El Gólem representa al autómataservil de un hijo, que ha sido programado pigmaliónicamente a partir de un control omnipotente parental, y concluye con una reflexión cuestionadora acerca de ese aspecto divino y cruel del padre.

En *Animales de los espejos*, Borges denuncia el carácter autoritario de ciertos padres. En este cuento se oyen el despertar de las voces de rebelión de los subordinados reunidos con solidaridad para contrarrestar el abusivo poder intergeneracional.

El Centauro pone de manifiesto la función estructurante de un padre aliado del hijo con el que se entrama transitoriamente en una relación de fusión pre-edípica, para poder desasirse de las amarras del originario poder maternal.

En *El Simurg* halla su expresión el afán de inmortalidad que subyace en cada sujeto. Pero en este breve relato, Borges señala que la inmortalidad no puede permanecer como un don exclusivo del padre atávico, sino que requiere ser distribuido y portado por cada uno de los hijos.

Finalmente en *El Pelicano*, el padre nutre a sus vástagos con su propia sangre.

Cierro el paréntesis para continuar desarrollando el notable influjo ejercido por el poder de las identificaciones redentoras en los personajes borgeanos.

f) Las identificaciones: alienación y desalienación

La identificación redentora tiene una particular gravitación en la obra de Borges.

En ella debemos diferenciar la identificación impuesta de la alienante.

En la identificación redentora-alienante el sujeto se somete, por vía inconsciente, a las injurias narcisistas que conciernen a las historias secretas de las generaciones que precedieron a su nacimiento, pero de las cuales permanece cautivo e identificado en el cumplimiento de una misión singular: enmendar el honor ofendido de un *otro* mediante su propio sacrificio.

El *otro* significa el narcisismo parental y la identificación con él mismo.

El régimen narcisista parental de apropiación-intrusión es el que fuerza al sujeto a una adaptación alienante por sus identificaciones inconscientes con la totalidad de la historia de los padres.

Faimberg (1985) señala: «No existe un espacio psíquico para que el niño desarrolle su identidad, libre del poder enajenante del narcisismo parental. Se crea una paradoja del psiquismo que al mismo tiempo está lleno y vacío en exceso.»

Es decir, lleno de una alteridad ominosa y vacío de una mismidad por carecer de una espacialidad psíquica discriminada. El proceso de intrusión explica el «lleno en exceso» de un objeto que no se ausenta jamás. El sujeto queda cautivo de los deseos de redención del otro. Este representa a un objeto excesivamente presente que habita en el yo ideal del sujeto, apropiándose de sus cualidades. Así deviene en un encumbrado héroe que lo liberará, mediante el propio sacrificio, de las heridas no cicatrizadas de las historias parentales.

Este yo ideal, concebido como un ideal narcisista de omnipotencia, sirve de soporte a lo que Lagache ha descrito con el nombre de identificación

heroica con personajes excepcionales y prestigiosos y en el caso de la identificación redentora pone de relieve los aspectos destructivos y constructivos del narcisismo.

El proceso de apropiación explica el vacío de una espacialidad psíquica propia, porque por parte del sujeto hay una falta de reconocimiento en la relación de objeto.

Él se constituye a través del sacrificio y de la reparación compulsiva. Él es, mientras cumple la doble función del redentor y de la víctima en nombre de un *otro*. Es una identificación que lo estructura a partir de esa paradoja, de un lleno de vergüenzas y de culpas que no le pertenecen, pero que igualmente lo poseen, y de un repudio a toda realidad que pueda comprometer su identificación alienada por la sumisión a su tarea redentora.

La identificación redentora reanima el sentimiento ominoso debido al desvalimiento del yo ante la repetición, no deliberada, impuesta, fatal e irreversible, por ese otro que no es «efectivamente algo nuevo o ajeno, sino algo familiar de antiguo a la vida anímica, sólo enajenado de ella por el proceso de la represión. Ese otro que, destinado a permanecer en lo oculto, ha salido a la luz» (Freud 1919). Lo *Unheimlich* del doble.

Esta situación paradójica detiene al sujeto en una relación ambigua con el otro, con su cuerpo y con la temporalidad (Kancyper, 1989), relación de ambigüedad con un objeto enigmático y vinculado con una historia críptica de situaciones traumáticas inherentes al sistema narcisista intersubjetivo y desarrollado por el sujeto. Y es, precisamente el carácter enigmático y no verbalizado de sus objetos internos pertenecientes a otras generaciones, lo que fascina y detiene al sujeto en una historia que no le concierne.

No soy yo quien te engendra. Son los muertos.
Son mi padre, su padre y sus mayores.

.....

Somos una multitud. Somos nosotros
Y, entre nosotros, tu y los venideros
Hijos que has de engendrar. Los postrimeros
Y los del rojo Adán Soy esos otros,
También. La eternidad está en las cosas
Del tiempo, que son formas presurosas.
(«Al hijo», 1964).

La identificación alienante se diferencia de la impuesta, por la presencia en ésta de un objeto identificado y preciso que presiona e impone, mediante una explicitada verbalización, el mandato de que el sujeto asuma, en la realidad material, una función redentora.

Este objeto externo y/o interno suele promover e imponer diversas colusiones conscientes e inconscientes.

Borges nos revela en *La memoria de Shakespeare* cómo, en un duelo patológico, la presencia fantasmal de un *otro* muerto-vivo continúa operando como una sombra poderosa que demanda realizaciones sobrehumanas imposibles de concretar; cómo Daniel Thorpe nubla con sus reclamos, el terreno de la memoria de Hermann Soergel y le impone su propia redención.

En este cuento, Borges da voz al tormento intrapsíquico que se libra entre la crueldad de un ideal exaltado y un yo impotente, que trágicamente sucumbe a los imperativos de sus presiones, y no cesa de justificarse ante la imposibilidad de satisfacer sus incesantes demandas.

En la identificación redentora, el sujeto opera, en lo manifiesto, como un hombre-Dios encarnado: mortal/inmortal. Su inmolación será distinguida y compensada con la resurrección y la vida eterna y, de ese modo, pretende desmentir ante sí mismo el punto más espinoso del sistema narcisista: la inmortalidad del yo.

A través del establecimiento de un vínculo sacrificial, se configura una singular alianza: el redentor se perpetúa como la figura protectora de un suplicante. Opera como un héroe que intercede por la salvación de un otro. Pero en lo latente, termina siendo el mendigo de ese otro, que finalmente se posiciona ante él, como un amo ávido y quejoso imposible de ser satisfecho en sus interminables demandas.

La dinámica de la culpabilidad y de la vergüenza compulsivas en la identificación redentora nos revela una figura central y compleja: la del *Salvador* y de la víctima que, a semejanza de Cristo resucitado, pone al descubierto la infructuosa hazaña reparadora del redentor y su evanescente ilusión de inmortalidad transida de dolor.

Cristo en la cruz (1984)

Cristo en la cruz. Los pies tocan la tierra.
Los tres maderos son de igual altura.
Cristo no está en el medio. Es el tercero.
La negra barba pende sobre el pecho.
El rostro no es el rostro de las láminas.
Es áspero y judío. No lo veo
Y seguiré buscándolo hasta el día
Último de mis pasos por la tierra.
El hombre quebrantado sufre y calla.
La corona de espinas lo lastima.
.....
Sabe que no es un dios y que es un hombre
Que muere en el día. No le importa.

Le importa el duro hierro de los clavos
No es un romano. No es un griego. Gime.
Nos ha dejado espléndidas metáforas
Y una doctrina del perdón que puede
Anular el pasado. (Esa sentencia
La escribió un irlandés en una cárcel.)
El alma busca el fin, apresurada.
Ha oscurecido un poco. Ya se ha muerto.
Anda una mosca por la cara quieta.
¿De qué puede servirme que aquel hombre
Haya sufrido, si yo sufro ahora?

Borges nos describe, con poética intuición, destellos de revelación acerca de sus lacerantes padecimientos narcisistas y masoquistas a la vez.

Pero ver no es resolver. Es un punto de partida, pero no el punto de llegada que en este caso sería: cómo desactivar el poder tánico de las identificaciones y creencias patógenas y propiciar el trabajo elaborativo.

g) El reordenamiento de las identificaciones

Cuando la liberación de la opresión conduce, al menos, a la constitución de la libertad, sólo entonces podemos hablar de revolución.
Hanna Arendt

La identificación redentora congela el psiquismo en un «para siempre», característica del inconsciente que se califica de atemporal.

El proceso del reordenamiento identificatorio libera el «para siempre» de una historia de rescates que lo aliena en la regulación narcisista intra e intersubjetiva. Constituye así la condición que posibilita la recomposición psíquica: permite liberar el deseo, restituir la historia en su carácter de pasado y configurar la dimensión temporal del presente y del futuro.

Baranger, Goldstein y Goldstein (1989) distinguen las formas espontáneas de la desidentificación, de las formas de desidentificación en el proceso analítico para que el analizante se pueda desprender de sus identificaciones patógenas:

«Esto implica que el analizante tome conciencia no sólo del sufrimiento que éstas le provocan, sino también de que este sufrimiento proviene de identificaciones...cuanto más arcaica es una identificación, más afecta la identidad misma de la persona.»

Las identificaciones redentoras pertenecen a la categoría de las identificaciones patógenas y

requieren que el trabajo analítico deba pasar necesariamente por la reconstrucción de las situaciones traumáticas que han producido tales identificaciones.

El acceso a estas identificaciones no puede lograrse sin un trabajo de historización progresiva de las historias traumáticas pertenecientes a los progenitores en interacción con el sujeto, con el reconocimiento de los mecanismos en juego y la puesta en evidencia de los efectos patógenos que retornan del pasado y se abren paso en el presente, con un poder particular y con una intensidad incomparable.

Estas situaciones originales de las historias que permanecen inaccesibles al recuerdo en forma de representación se reeditan en la situación analítica en la repetición transferencial, el análisis de los sueños, los recuerdos encubridores, los rasgos de carácter, los síntomas y las inhibiciones.

La historización permite reordenar la relación que el sujeto ha establecido con las identificaciones alienantes de los sistemas narcisistas parentales, y permite explicar las reacciones paradójicas a partir de la puesta en evidencia de las funciones de apropiación-intrusión, desenganche y reenganche, que se despliegan entre ambos sistemas narcisistas en pugna. Es decir, entre el sistema narcisista intersubjetivo parental, en su articulación con el intrasubjetivo del analizante y sus consecuencias patógenas que aún se hacen audibles en sus relaciones de pareja, de familia y consigo mismo.

La historización resulta ser un proceso esencial, aunque no suficiente, para lograr la recomposición de los procesos identificatorios. Pues en el complejo proceso de la desidentificación participan además varios factores fundamentales.

Por un lado, depende de la instrumentación de la agresividad en su relación con la intrincación-desintrincación de Eros y Tánatos; por otro, de las vicisitudes de los sistemas narcisistas y pigmaliónicos en pugna y, además, de los destinos de la pulsión de muerte liberada durante el proceso desidentificatorio.

El sujeto requiere implementar una adecuada agresividad al servicio de Eros, para «matar» a ese niño marmóreo (Leclair) que garantiza la inmortalidad propia y de los otros a través de su hazaña salvadora, con la finalidad de lograr desligarse de su misión redentora.

En efecto, la necesidad del hijo redentor de sentirse como un héroe y superior es tan intensa, que le posibilita desmentir, ante sí mismo y ante los demás, el elevado pago de sufrimiento y de displacer que resultan de su posición sacrificial.

Denomino «dimensión masoquista del narcisismo filial» al intrincado nexo que se origina entre el narcisismo y el componente pulsional autodestructivo del hijo en relación con sus padres.

Una de las manifestaciones de la coexistencia de este narcisismo tanático con el masoquismo, halla su expresión en la fantasía de deseo del «hijo-pueblo elegido», señalada por Freud en su último trabajo *Moisés y el monoteísmo* (1936), y por Borges en *La memoria de Shakespeare* (1982), su último cuento.

La creencia en esta fantasía da fuerza de realidad al sentimiento de orgullo y de confianza del elegido, al que se le «anuda la esperanza de una recompensa, una distinción, y por fin, un imperio universal» (Freud 1936, p. 82).

Y es precisamente el poder de esta creencia, guardada como la posesión más preciada, la que ha generado a lo largo de la historia, y continúa ejerciendo hasta nuestros días, sus profundos influjos en la psicología de los individuos y de los pueblos.

Freud, a los 83 años de edad, se interrogó acerca de los rasgos de carácter del pueblo hebreo y de su capacidad de resistencia sin parangón desafiando infortunios y maltratos. «¿De dónde les viene a los judíos esa vitalidad, y cómo se entrama su carácter con sus destinos? He ahí lo que a uno le gustaría comprender mejor» (Freud, 1936, p.102).

Responde Freud (1936):

Conocemos el fundamento de esta conducta y sabemos cuál es el tesoro de ese tesoro secreto. Se tienen realmente por el pueblo elegido de Dios; creen estar muy próximos a él, y esto los vuelve orgullosos y confiados. No hay duda de que tienen de sí mismos una opinión particularmente elevada, se consideran más nobles, de más alto nivel, superiores a los otros, de quienes se han segregado, además por muchas de sus costumbres. (p.102)

[...] Fue Moisés quien imprimió en el pueblo judío ese rasgo significativo para todo el futuro. Por su vínculo particularmente estrecho con su Dios, adquieren una participación en su grandiosidad. Elevan el sentimiento de sí asegurándoles que eran el elegido de Dios, les impartió santidad y los comprometió a segregarse de los demás. (p.103)

En esa misma dirección nos gustaría elucidar en *La memoria de Shakespeare* (Borges 1982): ¿de dónde le viene a Hermann Soergel esa vital y mortífera lealtad a la memoria impartida por Daniel Thorpe y cómo se entrama su mansedumbre acatamiento a ese padre Dios que lo ungió, como a los judíos, en el lugar de «El hijo-pueblo elegido»?

Considero que la creencia de ser «El elegido» ofrece en el plano inconsciente, el elevado goce

narcisista, edípico y fraterno, que da la ilusión de ser una soberana figura de excepción que supera la medida y los límites habituales con una fuerza inquietante y extraña.

Agambén señala que:

La excepción es una especie de la exclusión. Es un caso singular que está excluido de la norma general. Presenta una paradoja, por la que el soberano es quien está en condiciones de proclamar el estado de excepción, suspende la validez del orden jurídico, colocándose él mismo fuera de ese orden, y, sin embargo, conservándose, de algún modo, dentro de él.

Y el creador, se halla también al mismo tiempo dentro y fuera del orden establecido. Al crear, cuestiona lo general, pone en suspenso la vigencia de la norma y genera, a través de un desafío trófico, algo novedoso.

«La excepción no remite a una serie, sino que, en todo caso la inaugura. Después, los hechos de la serie dejan de ser excepcionales, pero el hecho primero, fundante, sigue conservando esa cualidad única de primero.» (Sarlo).

La creencia de «El elegido», da fuerza de realidad a las fantasías de excepción y exclusión. Esta creencia sobreinvierte en el plano intrasubjetivo: al sentimiento de sí (narcisismo) y al superyó y al yo ideal, propiciando en «El elegido» la creatividad y excepcionalidad por su condición de pertenencia tan cercana al soberano Hacedor. Al mismo tiempo, suele reactivar sentimientos de culpabilidad y necesidad de autocastigo (masoquismo).

En el plano intersubjetivo «El hijo-pueblo elegido» suele despertar la hostilidad de sus hermanos y el recelo en él mismo, para que ningún otro intruso pueda llegar a usurpar su incuestionado sitio.

«Si uno es el predilecto declarado del temido padre, no le asombrarán los celos de los hermanos; y adónde pueden conducir estos celos, bien lo muestra la saga de José y sus hermanos». (Freud 1936, p.103)

Últimamente salió a la luz las memorias del sobrino de Borges, en las que describe la hostilidad de su madre Norah Borges con su tío, por el elocuente lugar de preferencia que ocupaba en la dinámica familiar.

Miguel de Torre describe los recuerdos incendiarios de una biblioteca en llamas de su madre.

Norah Borges, saturada de libros, sostenía que en el mundo no había más de cincuenta obras dignas de ser releídas. Del resto podía prescindirse y, en más de una ocasión, entregó parte de ese sobrante al fuego redentor. Así quemó algunos de los valiosísimos manuscritos de su hermano Jorge Luis.

El elegido Borges había dedicado varios poemas al pueblo elegido, con el que se había identificado con algunos de sus rasgos principales tales como la devoción por el Libro y la condena de su sellado destino.

En el poema *A Israel* (1969) se identifica con la figura redentora de Cristo y también con la interminable batalla y muralla narcisista-masoquista erigida entre el pueblo hebreo y su Dios. En el poema *Israel* (1969) repite cuatro veces la palabra: condenado.

A Israel (1969 a)

¿Quién me dirá si estás en el perdido
Laberinto de ríos seculares
De mi sangre, Israel? Quién los lugares
Que mi sangre y tu sangre han recorrido?
No importa. Sé que estás en el sagrado
Libro que abarca el tiempo y que la historia
Del rojo Adán rescata y la memoria
Y la agonía del crucificado.
En ese libro estás, que es el espejo
De cada rostro que sobre él se inclina
Y del rostro de Dios, que en su complejo
Y arduo cristal, terrible se adivina.
Salve, Israel, que guardas la muralla
De Dios, en la pasión de tu batalla.

Israel (1969 b)

Un hombre encarcelado y hechizado,
un hombre condenado a ser la serpiente
que guarda un oro infame,
un hombre condenado a ser Shylock,
un hombre que se inclina sobre la tierra
y que sabe que estuvo en el Paraíso,
un hombre viejo y ciego que ha de romper
las columnas del templo,
un rostro condenado a ser una máscara,
un hombre que a pesar de los hombres
es Spinoza y el Baal Shem y los cabalistas,
un hombre que es el Libro,...
un hombre condenado a ser el escarnio,
la abominación, el judío,
un hombre lapidado, incendiado
y ahogado en cámaras letales,
un hombre que se obstina en ser inmortal
y que ahora ha vuelto a su batalla,
a la violenta luz de la victoria,
hermoso como un león al mediodía.

Antes de concluir transcribiré un último poema:
The thing I am (1977).

En él salen a la luz la ambigüedad, el terror y la vergüenza de aquellos sujetos que se viven como cobardes y fatuos; porque no logran ser los portadores de una propia y genuina voz.

Se autoperciben, en cambio, como meros simulacros y ecos de las memorias heteróclitas de diferentes generaciones y terminan sucumbiendo, fatalmente, al atemporal poder ejercido por los efectos provenientes de las identificaciones y de las creencias inconscientes de los otros en ellos.

The thing i am (1977)

He olvidado mi nombre. No soy Borges
(Borges murió en La Verde, ante la balas)
Ni Acevedo, soñando una batalla,
Ni mi padre, inclinado sobre el libro
O aceptando la muerte en la mañana,
Ni Haslam, descifrando los versículos
De la Escritura, lejos de Northumberland,
Ni Suárez, de la carga de las lanzas.
Soy apenas la sombra que proyectan
Esas íntimas sombras intrincadas.
Soy la memoria, pero soy el otro
Que estuvo, como Dante y como todos
Los hombres en el raro Paraíso
Y en los muchos infiernos necesarios.
Soy la carne y la cara que no veo.
Soy al cabo del día el resignado
Que dispone de un modo algo distinto
Las voces de la lengua castellana
Para narrar las fábulas que agotan
Lo que se llama la literatura.
Soy el que hojeaba las enciclopedias,
El tardío escolar de sienes blancas
O grises, prisionero de una casa
Llena de libros que no tienen letras
Que en la penumbra escande un temeroso
Hexámetro aprendido junto al Ródano,
El que quiere salvar un orbe que huye
Del fuego y de las aguas de la ira
Con un poco de Fedro y de Virgilio.
El pasado me acosa con imágenes.
Soy la brusca memoria de la esfera
De Magdeburgo o de las letras rúnicas
O de un dístico de Angelus Silesius
Soy el que no conoce otro consuelo
Que recordar el tiempo de la dicha.
Soy a veces la dicha inmerecida.
Soy el que sabe que no es más que un eco,
El que quiere morir enteramente.
Soy acaso el que eres en el sueño.
Soy la cosa que soy. Lo dijo Shakespeare.
Soy lo que sobrevive a los cobardes
Y a los fatuos que he sido.

Luis Kancyper

Guemes, 2963 10º
1425 Buenos Aires
kancyper@sinectis.com.ar

Notas

I. Dirección: Guemes 2963 Piso 10. Buenos Aires.
C.P (1425). Argentina. E-mail: kancyper@sinectis.com.ar

Bibliografía

- ARAGONÉS, R.J. (2004). *Memoria del territorio*. Madrid: Biblioteca Nueva.,p. 214.
- AGAMBÉN, G.: *Homo Sacer; il potere sovrano e la nuda vita*, Turín: Einaudi, 1995, p.20
- BARANGER, W. (1976). «El Edipo temprano y el complejo de Edipo». *Rev. de Psicoanálisis*, vol. XVI, nº2, pp. 303.
- BARANGER, W.; GOLDSTEIN, N.; Y GOLDSTEIN, R. (1989). «Acerca de la desidentificación». *Rev. de Psicoanálisis*, vol. XLVI, nº 6, p. 895.
- BARANGER, M. (1992). «La mente del analista, de la escucha a la interpretación». *Rev. de psicoanálisis*, vol. XLIX, nº 2, p. 225.
- BORGES J.L. (1944). *Las ruinas circulares en Ficciones*. Obras Completas.(OC) Buenos Aires: Emecé, 1987, p. 451.
- (1960). *Borges y yo*. OC. p. 808.
- (1964 a). «El Gólem». *El Otro, El Mismo*. OC. p. 885.
- (1964 b). «Edipo y el enigma». *El Otro, El Mismo*. OC. p. 929.
- (1964 c) «Al hijo». *El Otro, El Mismo*. OC. p. 948.
- (1967a). «Animales de los espejos». *El libro de los seres imaginarios*. Buenos Aires: Emecé, 1996. pág 26.
- (1967b). «El pelícano». *El libro de los seres imaginarios*. p. 198.
- (1967c) «El Simurg». *El libro de los seres imaginarios*. p. 225.
- (1967d). «El Centauro». *El libro de los seres imaginarios*. p. 72.
- (1969 a). *A Israel*. Buenos Aires: Emecé,1996. p. 996.
- (1969b). *Israel*. Buenos Aires: Emecé,1996. p. 997.
- (1975). «Soy». *La rosa profunda*. Buenos Aires: Emecé,1996. p. 31.
- (1976). «No eres los otros»,*Obra poética*. Buenos Aires: Emecé. p. 499.
- (1977). «The thing I am». *Obra poética*, Buenos Aires: Emecé. p. 542.
- (1982a). «La memoria de Shakespeare». *El libro La memoria de Shakespeare*. Buenos Aires: Emecé, 2004. p. 47.
- (1982 b) «Agosto 25, 1983». *La memoria de Shakespeare*. Buenos Aires: Emecé, 2004. p. 11.
- (1984). «Cristo en la cruz». *Los conjurados*. Madrid: Alianza. p. 15.
- BRITTON, R. «Realidad psíquica y creencia inconsciente». *Rev. de Psicoanálisis*, 1994, vol. LI, nº 1-2, p. 27.
- FAIMBERG H (1985). «El telescopaje de generaciones: la genealogía de ciertas identificaciones». *Rev. De Psicoanálisis* vol. XLII,nº 5, p. 1048.
- (1996). «El mito de Edipo revisitado». *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu, 1996. p. 177.
- FREUD, S. (1908). *La novela familiar del neurótico*. Obras Completas (OC) vol. IX, p. 217. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1916). *Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico*. OC vol. XIV, p. 321.
- (1919). *Lo ominoso*, OC vol. XVII p. 241.
- (1924). *El sepultamiento del Complejo de Edipo*. OC vol. XIX. p. 181
- (1924). *Algunas consecuencias psíquicas a partir de la diferencia anatómica entre los sexos*. OC vol. XIX. p. 261.
- (1930). *El malestar en la cultura*. OC vol. XXI. p. 126.
- (1936). *Moisés y el monoteísmo*. OC vol. XXIII. p. 103.
- GOUX, J.J. *Edipo filósofo*. Buenos Aires: Biblos, 1998. p. 45.
- GRIMAL. *Diccionario de Mitología Griega y Romana*. Barcelona: Paidós, 1982. p. 140 y 462.
- KANCYPER L. (1989). «Jorge Luis Borges o el laberinto de Narciso». *Jorge Luis Borges o la pasión de la amistad*. Buenos Aires: Lumen, 2003.
- (1990). «Narcisismo y Pigmalionismo». *Rev.de Psicoanálisis*. Vol. XLVIII, nº 5/6, p. 1003, 1991.
- (1992). «La identificación reivindicativa». *Resentimiento y Remordimiento*. Buenos Aires: Paidós, p. 95.
- (1995). «Complejo Fraternal y Complejo de Edipo». *Rev. de Psicoanálisis*. 1995, vol. LII, nº 3. En *La confrontación generacional*, Buenos Aires: Paidós, 1997; y en *Gemelos* (comp. E. Braier), Buenos Aires: Paidós, 2000. p. 43.
- (1996). «Narcisismo y pigmalionismo en la obra de Jorge Luis Borges». *Rev de psicoanálisis*. vol. LIII, nº 1, p. 103.
- (1998). «Complejo Fraternal y Complejo de Edipo en la obra de Franz Kafka», *Rev. de Psicoanálisis*, vol. LV, nº 2; y en *La confrontación generacional*, Buenos Aires: Lumen, 2003.
- (2000). *La confrontación generacional*. Buenos Aires: Lumen, 2003, p.125. [*Il Confronto generazionale*. Milán: F. Angeli, 2000. p.101.]
- (2004). *El complejo fraternal*. Buenos Aires: Lumen, p. 48-50.
- LACAN, J. (1981). «Ideal del Yo y Yo ideal». *Seminario I*. Barcelona: Paidós. p. 197.
- (1982). *La familia*. Buenos Aires: Argonauta.
- LAPLANCHE J. Y PONTALIS J. *Diccionario de Psicoanálisis*. Madrid: Labor, 1971.
- LIBERMAN, D. «Acerca de la percepción del tiempo». *Rev. De Psicoanálisis*. Vol. XII, nº 3, 1955.
- PIGLIA R. *Formas breves*. Buenos Aires: Temas,1999. p. 61.
- RASCOVSKY A. Y M. «Sobre el filicidio y su significación en la génesis del acting-out y la conducta psicopática en Edipo». *Rev. de Psicoanálisis*. Nº 4, p. 717, 1967.
- RODRÍGUEZ F. «El último Borges». *Diario Clarín* -Ñ-: 29-1-2005
- ROSOLATO,G. «Culpabilidad y sacrificio». *La relación de desconocido*. Barcelona: Petrel,1981. p.124.
- SARLO B. *La pasión y la excepción*. Buenos Aires: Siglo veintiuno, 2003. p. 269.
- SCHKOLNIK, F. (1995). «Lo arcaico en las neurosis», publicación de las IX Jornadas Psicoanalíticas de la APU, Montevideo.
- TORRE, MIGUEL DE. «Una biblioteca en llamas». *Diario La Nación*. 30-12-2002